



El Populismo frente al ciudadanía: un imperativo ético y político

Populism vs. citizenism: a political and ethical imperative

Luis Felipe Ramírez

ORCID: 0009-0005-5847-6065

Universidad de Carabobo

Centro de Filosofía para la Investigación Stanislaw Strba
(CENFISS).

lframirez2@uc.edu.ve

Recibido: octubre 2025

Aprobado: enero 2026

Resumen

La noción de “pueblo” ha sido un movilizador central en el pensamiento político de occidente, históricamente manipulada para servir a diversos intereses. Este artículo explora la evolución de este concepto en el debate contemporáneo, centrándose en la tensión entre el populismo y el ciudadanía. Argumenta que la concepción populista del pueblo, como una entidad homogénea y pasiva, es antidemocrática, totalitaria, mientras la visión ciudadanista, basada en una colectividad plural y activa, es esencial para la salud de las democracias modernas. Para fundamentar este argumento, se examinan las críticas de Karl Marx y Noam Chomsky, quienes revelaron la construcción ideológica del concepto de “pueblo”, Lyotard y otros contemporáneos que desarrollarán los antagonismos entre ciudadanía y pueblo. Finalmente, se contrasta el sujeto populista, que se define por la lealtad emocional al líder, con el sujeto ciudadano, que se caracteriza por la participación deliberativa y la formulación operativa y racional de modelos políticos con ejercicio de ciudadanía, sugiriendo que la transición hacia el ciudadanía representa un imperativo ético y político para el futuro de nuestras sociedades estados democráticos.

Palabras Clave: Democracia, ciudadanía, populismo

Abstract

The notion of “the people” has been a central mobilizer in Western political thought, historically manipulated to serve diverse interests. This article explores the evolution of this concept within contemporary debate, focusing on the tension between populism and “citizenism”. It argues that the populist conception of the people—as a homogeneous and passive entity—is inherently anti-democratic and totalitarian. In contrast, the citizenist vision, based on a plural and active collectivity, is presented as essential for the health of modern democracies. To substantiate this argument, the article examines the critiques of Karl Marx and Noam Chomsky, who revealed the ideological construction of the concept of “the people,” as well as Lyotard and other contemporaries who expanded on the antagonisms between citizenship and the people. Finally, the article contrasts the populist subject, defined by emotional loyalty to a leader, with the citizen subject, characterized by deliberative participation and the operational and rational formulation of political models through the exercise of citizenship. It suggests that the transition toward citizenism represents an ethical and political imperative for the future of our nation-states.

Keywords: Democracy, citizenship, populism.

Introducción

El concepto de “pueblo”¹ es una de las categorías más escurridizas y debatidas en la teoría política y social contemporánea. Lejos de ser una entidad neutral o empírica, ha servido como la piedra angular de

¹Llevamos a una nota la tradición judeo-cristiana de la noción de pueblo, que es más antigua que la griega, está dispersa por toda la biblia judeo-cristiana tanto en el Antiguo y posteriormente en el Nuevo Testamento se unen la tradición cristiana, la romana, la griega, pues en los conceptos de pueblo del Nuevo Testamento se fusionan diversas visiones de pueblo dándole más riqueza a la incipiente noción judía. La noción de pueblo está impregnada de la visión de “Pueblo de Dios”, es el Dios que unifica el pueblo como Señor, se trata de rey de un reinado, el mesianismo de Israel apunta más en la tradición judía de los profetas mayores a la noción de mesianismo institucional, esto es, más que el mesías como persona es el mesianismo

ideologías y movimientos sociológicos y políticos que han moldeado la historia, desde las revoluciones hasta los regímenes autoritarios. En la actualidad, esta discusión ha cobrado nueva vida en la tensión entre el populismo y el ciudadanismo. El populismo, con su promesa de un retorno a la “verdadera” voz de la gente, y el ciudadanismo, con su énfasis en los derechos, la pluralidad y las instituciones; ofreciendo dos caminos radicalmente distintos para entender y organizar la vida política.

La presente reflexión explora esta transición conceptual, argumentando que no se trata de un simple cambio de terminología, sino de una profunda ruptura en la forma en como el poder es concebido, legitimado y ejercido. Para comprender la naturaleza ideologizada de esta concepción, es indispensable examinar las raíces conceptuales y los antecedentes que han forjado el concepto de “pueblo”. Este análisis nos llevará a las visiones de pensadores como Karl Marx y Noam Chomsky, quienes, desde perspectivas históricas y críticas, revelaron cómo el “pueblo” se construye retóricamente para servir a ciertos intereses de poder. Finalmente, recurriremos a Lyotard y otros autores desde su libro la posmodernidad y contrastaremos el sujeto populista, homogéneo y pasivo, con el sujeto ciudadano, plural y activo, para sugerir como el tránsito hacia el ciudadanismo es un imperativo ético para la salud de las democracias modernas.

1. De la lucha de clases al público manipulado

Antes de abordar la noción populista de “pueblo”, es crucial entender cómo los pensadores modernos desmantelaron la idea de una entidad popular hegemónica. Lejos de ser una masa con una voluntad común, las críticas de Karl Marx y Noam Chomsky, entre otros, demostraron que el “pueblo” es un campo de batalla ideológico, donde los intereses de clase y las estructuras de poder determinan quién habla y en nombre de quién.

Para Karl Marx, el “pueblo” no era una categoría política homogénea, sino una sociedad intrínsecamente dividida por la lucha de clases. En su obra, el verdadero agente histórico y sujeto de cambio no es el “pueblo” en abstracto, sino el proletariado, la clase obrera desposeída de los medios de producción. La unificación de esta clase no era un hecho natural, sino un proceso histórico que requería el desarrollo de una conciencia de clase para superar la “falsa conciencia” impuesta por la superestructura ideológica. La ideología, para Marx, es un sistema de creencias y representaciones que legitima el orden social existente y enmascara las relaciones de explotación. En este sentido, la idea de un “pueblo” unificado, con una “voluntad general,” era vista como una invención de la clase dominante, la burguesía, para ocultar la opresión y mantener su hegemonía (Marx & Engels, 1846). La clase dominante crea una narrativa de unidad nacional y popular para subsumir los conflictos de clase y mantener a la población ideológicamente sometida. La liberación no vendría de la participación electoral en nombre de un “pueblo” genérico, sino de la auto-organización del proletariado para derrocar el sistema capitalista. Cómo es posible que el marxismo moderno no sea capaz de entender esto y la crítica que hacía Marx y Engels a las élites ahora ese marxismo-comunismo en determinadas naciones-Estado se han convertido en la clase dominante que oprime al pueblo que Marx identificó concretamente como el proletariado.

Más de un siglo después, Noam Chomsky actualizó y expandió esta crítica de la manipulación ideológica. En su obra seminal “Los guardianes de la libertad”, Chomsky argumentó como, en las democracias

como la instauración de un reinado. El profetismo y los reinados en Israel siempre estarán muy seguidos por la crítica de los profetas a la idolatría, esto es, querer convertir como Señores a aquellos cuyo señor no es Dios, hacer de cosas y acciones fetiches de tal manera que el profetismo y el mismo Jesús siempre serán faros desdeologizadores de toda idolatría y fetichismo, incluso las mismas prácticas aborrecibles del pueblo; por eso Jesús no se predica así mismo, sino que su prédica es el “Reino de Dios”. En el nuevo testamento se emparentan la noción de: “Pueblo de Dios”: “Am gados”; “Goy” con nación; “ethnos” lo refiere a todos los pueblos; el cristianismo expande el concepto de pueblo como el conjunto de todos los pueblos, la identidad no la da un territorio sino una pertenencia religiosa y moral. Seguidamente aparecen otros conceptos como “Laos”: habitantes del nuevo pueblo, “ochlos”: lo refiere a la muchedumbre, a los pobres, a los desheredados; de tal manera que el concepto de pueblo en la tradición judeo cristiana es mucho más rica y abarcante, aunque tiene una raíz religiosa, también tiene un carácter territorial y político, no siendo necesariamente sectaria, sino plural. En conclusión la noción de Pueblo Judeo cristiano en primer lugar es abarcante, segundo no intenta meter a todos en una misma categoría; en esa noción de pueblo entran todos, como unos “iguales – diferentes”, Pablo es quien le da una visión más universal a la noción de pueblo, desde su práctica evangelizadora para todos, del incipiente cristianismo, pues para formar el “Pueblo de Dios” se prescinde de ser Judío, la pertenencia no es a una nación, a una cultura, a un estrato de la sociedad o del imperio, a una familia, ni a una secta religiosa; el pueblo es ante todo una categoría unificadora llena de particularidades, esta visión de pueblo no prescinde la diversidad de lenguas, naciones, culturas; el cristianismo se enriquecerá precisamente con la noción de pueblo aportada por los Griegos y posteriormente los romanos, de tal manera que la reflexión de la modernidad del concepto de pueblo al reducirlo a una noción política, jurídica, e ideologizada en el término negativo como lo entendía Marx. “Falsa conciencia” hoy en día es muy común ponerle escepticismo cada vez que un político use la Palabra pueblo, cargada de las peores versiones históricas, por tanto, por tanto, cuando se use esa noción, pueblo”, se tendrá que definir la para saber de qué se está hablando.

capitalistas occidentales, el control social no se ejerce a través de la coerción directa, sino a través de un sofisticado sistema de propaganda que moldea la opinión pública. Para Chomsky, el “pueblo” es en gran medida un público manipulado, cuyas percepciones son cuidadosamente filtradas por las élites mediáticas y políticas para proteger sus propios intereses (Chomsky & Herman, 1988).

El “modelo de propaganda” de Chomsky describe el modo en el cual los medios masivos se convierten en instrumentos de control orientados a “fabricar el consenso”. Como resultado, la voz del “pueblo” en el debate público no refleja su voluntad real, sino un eco de los mensajes cuya difusión las élites han decidido autorizar. Así, el líder populista autoproclamado portavoz del “pueblo” no escucha a una entidad orgánica, sino de modo que aprovecha y canaliza las frustraciones y los miedos cultivados por las mismas estructuras de poder criticadas por él de forma superficial. En este sentido, tanto Marx como Chomsky nos obligan a ver más allá del discurso para analizar las estructuras responsables de construir ideológicamente al “pueblo”.

2. El pueblo de la república y el mito

En el libro sobre la posmodernidad de Lyotard, explora en el capítulo cinco (5) “Memorándum sobre la legitimidad” y el capítulo (6) “Parte a propósito de la confusión de las razones” (Lyotard, 1985) analiza cómo el concepto de “pueblo” es fundamental para la legitimación del poder político, pero también cómo su manipulación puede conducir al totalitarismo, una forma extrema de asociar el populismo. Lyotard intenta explicar las manifestaciones políticas de esta manipulación y el error filosófico subyacente: la “confusión de las razones” (1985).

Existen dos formas opuestas en que el “pueblo” legitima el poder: la republicana y la mítica/narrativa (1985): En la tradición moderna, cuyo momento arranca con la Ilustración, el pueblo es la fuente de la legitimidad porque es soberano. Este pueblo no se define por una identidad étnica o una historia ancestral, sino por su adhesión a una idea universal: la emancipación y la libertad. El proyecto republicano es una promesa de crear una comunidad de ciudadanos libres e iguales, una “humanidad transparente para sí misma”. Su legitimidad no proviene de un relato de origen, sino de un proyecto a futuro. Este pueblo, por definición, está “descompuesto en masas”, es decir, es heterogéneo y diverso, y busca su propia identidad a través de la deliberación.

En contraste, existe una forma de legitimación basada en la narración como la utilizan las comunidades étnicas ancestrales. En este modelo, la comunidad se cohesiona a través de relatos que establecen roles fijos y una identidad transmitida por la tradición. El totalitarismo y el populismo se apropian de este modelo narrativo para legitimar su poder. Crean un “pueblo” mítico, singular y supuestamente auténtico, como el “pueblo Ario” del nazismo. Este “pueblo” se define por una identidad cerrada, basada en un pasado glorioso, héroes y mitos, excluyendo a todo aquello que no encaje en esa narrativa. La política se convierte entonces en una “obra de arte total” buscando poner en escena la pureza y singularidad de ese pueblo, a menudo a través de una estética monumental y la persecución de lo diferente. La transición del “pueblo” republicano al “pueblo” mítico es la clave del populismo y el totalitarismo.

Mientras que el ciudadanismo se basa en la deliberación entre diversos actores para decidir el futuro, el populismo totalitario impone una identidad única y un destino predefinido. La legitimidad ya no reside en el consentimiento o la ley, sino en la supuesta encarnación de la “esencia” del pueblo.

El ideal republicano es universal, buscando una comunidad integradora de sujetos y grupos. El populismo, en cambio, exalta una singularidad nacional o étnica y la presenta como superior. Lo que es particular (el “Chavismo”, por ejemplo) se eleva ilegítimamente a un valor universal y “puro”.

Esta imposición de una identidad singular conduce al terror. Si la legitimidad depende de la conformidad con el mito del pueblo, cualquier individuo o grupo que no se ajuste a él es una amenaza cuyo objetivo ha de ser eliminarlo. La política se vuelve una lucha por la pureza, justificando la violencia en nombre del pueblo.

3. La “Confusión de las Razones” como Base Filosófica

Lyotard seguirá argumentando que existen diferentes “régimenes de frases” o tipos de discurso (científico, ético, estético, narrativo, etc.), y cada uno tiene sus propias reglas de validación y legitimidad. El populismo y el totalitarismo cometen un error peligroso: toman un tipo de discurso, el narrativo-mítico, y lo imponen como la única fuente de verdad y legitimidad para todos los demás ámbitos (la política, la ley, la ciencia, la religión, el arte, la cultura, la organización comunitaria, las instituciones, etc.).

El populismo no delibera ni argumenta; simplemente impone su relato. Al hacerlo, “confunde las razones”, presenta un mito como si fuera una ley universal y una identidad particular como el único

destino posible. Esta es la “confusión” que anula la pluralidad de discursos y somete todo a un único criterio: la conformidad con la narrativa del “pueblo”. La legitimación ya no se busca en la deliberación o la evidencia, sino en la “performatividad”, esto es, pretende a partir de una idea de pueblo cambiar el destino de una nación, imponer un relato; ya hemos dicho “La noción de pueblo es una idea”, carece de consistencia ontológica y política, porque esa idea no tiene fundamento en los sujetos reales, esa idea es creada y se intenta legitimar por el líder (líderes) su legitimidad en un “fundamentalismo popular”, por tanto cuando se intenta verificar quienes conforman ese pueblo, se termina constatando que ese pueblo no existe a nivel político como mayoría, no existe como conglomerado de personas existentes, es una idea y esa idea legitima la gobernanza como relato.

La noción de pueblo emerge como un campo de batalla por la legitimidad. El ideal republicano lo concibe como una pluralidad de sujetos libres que construyen un futuro universal mediante la deliberación. Por el contrario, el populismo y el totalitarismo lo reducen a una entidad mítica, homogénea y singular, cuya supuesta identidad se impone por la fuerza, generando terror. Esta imposición es posible, ya lo hemos dicho, gracias a una “confusión de las razones”; se eleva un relato particular al estatus de única verdad universal, silenciando así toda forma de disidencia y pluralidad.

La tensión entre “ciudadanía” y “pueblo” es el eje sobre el cual gira la legitimidad política. No son sinónimos; representan dos proyectos políticos radicalmente opuestos, al menos en los populismos contemporáneos. La ciudadanía es el concepto central del proyecto moderno de emancipación que nace con la Ilustración y la Revolución Francesa, pero tiene su tradición en todo el pensamiento griego. No se define por lo que es, haciéndole una crítica fundamentalmente a las monarquías (origen, sangre, tradición), sino por lo que debe ser, un nuevo sujeto político y una nueva noción de Estado, la República (res-publica: la cosa pública).

El ciudadano es parte de una “idea de la humanidad” cuyo horizonte es su propia libertad y emancipación. El objetivo es construir una comunidad de “ciudadanos ilustrados, entendiendo ilustración al sentido Kantiano “*Sapere aude*” atreévete a pensar, dueños de su propio destino” y, en última instancia, una “ciudadanía objetiva”. El republicanismo se funda en un principio de soberanía que no se basa en la historia o la etnia, sino en la idea de una comunidad libre y universal de sujetos con nombre, vidas e historias entrelazadas.

La comunidad de ciudadanos es plural y heterogénea. Lyotard afirma que el pueblo republicano está hecho de diversidad de la masa (1985), Eso significa que no tiene una identidad única y predefinida. Su unidad se construye a través de la deliberación constante sobre el futuro común. No busca un origen único, basándose en “relatos de emancipación” caóticos, pero en búsqueda del orden como estado de permanencia.

La legitimidad del poder, en la república democrática, reside en un proceso deliberativo, donde se discuten los fines y los medios. La ley y las instituciones se legitiman porque son el resultado de un acuerdo entre ciudadanos que buscan un proyecto común, aunque sus intereses y puntos de vista sean diversos y contradictorios. El juicio debe ser legitimado a través del discurso normativo.

El populismo y, en su forma extrema, el totalitarismo, reemplazan la noción de ciudadanía por la de un “pueblo” mítico, singular y homogéneo. Este “pueblo” no se legitima por un proyecto a futuro, sino por un relato de origen que apela a un pasado glorioso y a una identidad supuestamente pura, como por ejemplo en Venezuela “la patria de Bolívar”. Abandona el horizonte del cosmopolitismo para “retornar a las fuentes” a través de una mitología. Su legitimidad se basa en la encarnación de una esencia nacional o étnica.

A diferencia de la ciudadanía plural, este “pueblo” es una entidad singular que exige homogeneidad. Todo lo que no encaje en su relato (la xenofobia es una consecuencia directa) es visto como una amenaza. La política se convierte en la tarea de realizar una “obra de arte total” poniendo en escena la pureza de ese pueblo, eliminando cualquier disidencia o diferencia. La universalización de esta particularidad, Lyotard propone el ejemplo que, si “la germanidad es ‘pura’, también lo será la humanidad” es la base del terror.

El poder no se legitima mediante la deliberación, sino a través de un relato impuesto. El líder o el partido no dialogan, sólo narran la “historia de nuestros ancestros” y la ejecutan. No se pregunta al pueblo qué quiere ser, sino se le dice lo que ya es “auténticamente”. La participación política se reduce a la aclamación y la conformidad con el mito, como en las “fiestas monumentales”, ya es estudiado la idea de circo romano como un modo lúdico de aclamar y de exaltar la grandeza y la cotidianidad festiva de esa idea de pueblo por un lado y por otro funciona como normalizador de los conflictos que genera el terror; la euforia y el miedo no son muy diferentes.

La diferencia clave de Lyotard radica en el proceso de legitimación.

Cuadro comparativo de ciudadanía y populismo según Lyotard:

Concepto Ciudadanía (Ideal Republicano) Pueblo

Concepto	Ciudadanía (Ideal Republicano)	Pueblo (Populismo / Totalitarismo)
Fundamento	Una idea universal de emancipación y libertad.	Un relato mítico de origen, sangre y tradición.
Identidad	Plural, abierta y en construcción. Es una comunidad de diversos (“descompuesta en masas”).	Singular, cerrada y predefinida Homogénea y excluyente.
Legitimidad	A través de la deliberación , el debate y la ley.	A través de la narración , la imposición de un mito y la aclamación.
Relación con el Tiempo	Orientada a un futuro por construir.	Orientada a un pasado que restaurar o a una esencia que realizar.
Peligro	La incertidumbre y la fragilidad del consenso.	El terror como medio para eliminar la disidencia y purificar la identidad.

En conclusión, el paso de una política basada en la ciudadanía a una basada en el “pueblo-mito” es el camino hacia el totalitarismo. Es el resultado de la “confusión de las razones”, que yo le llamo ideologización de las razones, donde el discurso narrativo-mítico usurpa ilegítimamente la función de los discursos evidentes, deliberativos y prescriptivos cuyos resultados son propios de una república de ciudadanos

4. El sujeto populista y ciudadano

4.1 El sujeto populista

El populismo contemporáneo², tal como lo analizan teóricos como (Laclau, 2005) y (Mouffe, 2005) se apropia de estas dinámicas ideológicas y las lleva a su máxima expresión. El “pueblo” populista no es una realidad sociológica compleja, sino una construcción retórica utilizada por un líder carismático para movilizar un apoyo emocional y deslegitimar a los opositores (Laclau, 2005). Es un concepto monolítico, simplista y definido por la oposición entre “el pueblo virtuoso” y “la élite corrupta”.

En el populismo, la voz del “pueblo” es presentada como una sola, con intereses y voluntades comunes. Se minimiza o se ignora por completo la diversidad de identidades, intereses y opiniones que existen en cualquier sociedad. El líder se erige como el único intérprete legítimo de esta voluntad general, y cualquier disidencia se interpreta como una traición a la nación o al “pueblo” mismo. Esta visión no solo es simplificadora, también es antidemocrática, ya que niega la legitimidad del debate y la pluralidad política (Mudde, 2004).

La conexión entre el líder y el pueblo en el populismo es fundamentalmente emocional. No se basa en el debate racional o en la rendición de cuentas, sino en la lealtad personal al líder, a menudo sin mediaciones institucionales. Aunque el “pueblo” populista es movilizad en grandes concentraciones, su papel es pasivo y receptivo. No son actores autónomos con capacidad de crítica y decisión, sino espectadores y seguidores que validan la narrativa del líder. La palabra “pueblo” se convierte en

²No pretendemos referirnos a un populismo en particular, nos referimos ese modo de ejercer la política donde ideologías y grupos políticos diversos pueden converger en el modo de abordar ese sujeto colectivo llamado “pueblo” por tanto nos referimos a los populismos de izquierda, los de derecha, los populismos reconocidos dentro de la democracia y los que asumen como principio la destrucción de la democracia, los populismos autoritarios pragmáticos que no entienden más relación sino la masa y su líder, etc. Por otro lado, el populismo es un fenómeno político “camaleónico” pues adquiere diversas formas de presentarse y de mimetizarse. Los populismos también se manejan asumiendo los aspectos sociológicos y culturales de los sujetos de una Nación, de tal manera que los populismos en África, Europa, Asia y América tienen formas y expresiones diversas; a pesar de esa diversidad tiene aspectos comunes, haciendo interesante esa confluencia de visiones tan distintas, modos de operativizarlo y no obstante poder categorizar algunos aspectos haciéndolo un fenómeno político, tan extendido en nuestros días fácil de transmitirse como una pandemia contagiosa que usa como vehículo las redes sociales donde “el nuevo relato es el sentimiento”, no importa tanto el pensamiento sino el sentimiento, los afectos.

una herramienta discursiva para legitimar el poder, descalificar a los adversarios y justificar acciones extralegales.

En este sentido tenemos la idea potente de Müller que señala el populismo como “excluyentismo”. Para Müller, el populismo no se define por las promesas de dinero fácil o por el carisma del líder. La característica definitoria es una reivindicación moral de representación exclusiva. La lógica populista afirma: “Nosotros, y solo nosotros, representamos al pueblo auténtico”. (Müller, 2016) Si solo el populista representa al “pueblo real”, entonces cualquier otro competidor político es ilegítimo, y cualquier ciudadano que no apoye al líder no forma parte del “verdadero pueblo”. La crítica más fuerte de Müller es como el populismo es intrínsecamente anti-pluralista y, por lo tanto, una amenaza directa para la democracia. La democracia requiere aceptar que nadie tiene el monopolio de la representación del pueblo, el populista niega esto. Al decir como ellos son los únicos legítimos, destruyendo la base del debate democrático. Müller critica la idea de que los populistas no saben gobernar. Al contrario, explica que cuando llegan al poder, tienden a colonizar el Estado, practicar el clientelismo masivo y suprimir la sociedad civil, todo bajo la justificación del mandato del “pueblo”. El populismo crea un “pueblo simbólico” que no existe en la realidad. (2016).

4.2 El Sujeto ciudadano

En contraste con la concepción populista, el ciudadanía busca reemplazar esa noción instrumental del “pueblo” con una visión basada en la ciudadanía. Esta transición es un ideal que apunta a la construcción de una comunidad política basada en el respeto por los derechos, la participación deliberativa y la pluralidad, el republicanismo ciudadano tiene sus bases en la cosa pública, la cosa pública es plural y por tanto debe y tiene que someterse a un estado cuya prioridad debe ser organizar las instituciones cuya vida permita la articulación y organización de la república con diversidad de derechos y deberes. El ciudadanía reconoce que el “pueblo” es una colectividad plural y diversa, una suma de ciudadanos con múltiples identidades, intereses y visiones del mundo. Esta visión no teme a la diferencia, la valora como el motor del debate público y la innovación social. Los individuos no son solo “parte del pueblo,” sino sujetos de derechos y responsabilidades. Esto implica la protección de las minorías, la garantía de las libertades individuales y la promoción de la igualdad ante la ley. La participación no se limita a la aclamación, sino que se articula a través de mecanismos democráticos, deliberativos y transparentes, priorizando el debate razonado y la construcción de consensos en espacios institucionales (Habermas, 1996).

En el modelo ciudadano, el poder no reside en una única figura, sino que está distribuido y sujeto a rendición de cuentas (personas e instituciones). Se reconoce la necesidad de instituciones de control y contrapesos que limiten la arbitrariedad. Los ciudadanos son vistos como sujetos autónomos, capaces de formar su propio juicio y ejercer la crítica constructiva para fiscalizar a quienes detentan el poder. No son meros seguidores, sino coautores de su propio destino político (Arendt, 1958).

Las democracias tendrán que hacerse una crítica interna en el modo de resolver los conflictos y las contradicciones manifiestas y latentes, pues sin duda parte del problema viene desde dentro, en este sentido Bobbio analiza el populismo como un fenómeno de una respuesta inadecuada a las “insuficiencias técnicas y morales” de las democracias. Para él, el peligro no es el “pueblo”, sino el abandono de las reglas e instituciones que permiten como el conflicto se resuelva sin violencia (Bobbio, 1985).

Por otro lado, Castells sigue el mismo análisis de Bobbio; el problema del populismo hay que buscarlo no solo en los enemigos de la democracia sino también en sus propios sujetos e instituciones, Castells plantea el problema en el “secuestro” de la democracia, el populismo surge porque las instituciones actuales han dejado de ser canales de comunicación entre gobernantes y gobernados. Ha habido una ruptura del contrato social y se ha generado un vacío de representación, los partidos tradicionales se vuelven idénticos a sus prácticas corruptas y perversas, la “indignación” busca un nuevo lenguaje y el populismo ofrece ese lenguaje simplificado de conexión emocional. (Castells, 2012).

5. El papel de la ética en el ciudadanía

La transición hacia el ciudadanía requiere más que un cambio en las instituciones; exige un compromiso ético. Una ética de los sujetos ciudadanos y de las instituciones. Desde la teoría de la ética del discurso de Jürgen Habermas, la democracia se legitima a través de un diálogo racional donde la validez de las normas se determina por el consenso alcanzado en un espacio público inclusivo y libre de coacción. Este ideal de comunicación se contrapone directamente a la retórica populista, suprimiendo la deliberación. Por su parte, la filósofa española Adela Cortina, con su concepto de ética de la razón cordial

(Cortina,2007), añade una dimensión crucial. No basta con la deliberación racional; es fundamental el reconocimiento empático del otro como un interlocutor válido. Dirá Cortina los acuerdos presuponen una empatía, una cordialidad que me lleva a antes de entrar a deliberar razones, a entender que hay personas y esas personas no solo razonan, sino que antes que la razón o al mismo tiempo debe suceder lo empático, esto es, querer y desear entrar en razones y llegar a consensos. Esta razón cordial se opone a la aporofobia, o el miedo y rechazo al pobre, que a menudo es instrumentalizado por el populismo.

La ética cívica se convierte en una estructura de defensa que impulsa a los ciudadanos a resistir la homogeneización populista, a defender los derechos y la dignidad de cada persona, y a promover la justicia y el pluralismo. El ciudadano ético de Cortina es un agente activo que construye la sociedad desde los valores de la inclusión y la compasión, negándose a ser un simple seguidor pasivo.

Hay sistemas populistas autoritarios donde a los ciudadanos nos les queda sino la defensa contra el terror, la ética como defensa que articule formas de organización, por tanto, la ética se convierte en un arma contra abusos de poder en nombre de un pueblo que es solamente idea, relato, pero carece de consistencia ontológica.

Conclusión

Este ensayo establece como el concepto de “pueblo” ha sido históricamente manipulado y el populismo lo concibe como una entidad homogénea y pasiva. El “pueblo” populista carece de sustento en la realidad política o sociológica como conglomerado viviente, siendo primariamente una idea o un relato mítico. Esta noción es creada e intentada legitimar por el líder. Por lo tanto, el liderazgo populista se funda en un “fundamentalismo popular” que no se verifica en los sujetos reales, sino que usa esa idea abstracta para imponer una gobernanza como relato. Esta carencia de consistencia ontológica hace al populismo antidemocrático, ya que niega la pluralidad de los sujetos reales en favor de un mito singular. El populismo y el totalitarismo son impulsados por la “confusión de las razones” (Lyotard), un error filosófico donde el discurso narrativo-mítico usurpa el lugar de otros regímenes que se valen de la ley y la deliberación. La implicación más grave de esta confusión no es solo retórica, sino estructural. Al imponer un relato particular (un mito de origen o una esencia nacional) como si fuera una verdad universal y una ley inmutable, el populismo socava la legitimidad de los procesos deliberativos y las instituciones democráticas. La política deja de ser un espacio de debate sobre fines y medios para convertirse en la ejecución de una “obra de arte total” que busca poner en escena la pureza del pueblo mítico, lo cual lleva directamente al terror contra cualquier disidencia que no encaje en la narrativa impuesta.

Karl Marx y Noam Chomsky desmantelan la idea de “pueblo” hegemónico, mostrando que es un campo de batalla ideológico. Marx lo veía como una invención de la clase dominante (burguesía) para ocultar la lucha de clases, y Chomsky, como un público cuyas percepciones son moldeadas por las élites mediáticas (“modelo de propaganda”). El populismo moderno no opera en el vacío, sino que explota las frustraciones previamente cultivadas o generadas por las mismas estructuras de poder que superficialmente critica. El líder populista no solo está mintiendo, sino que está canalizando los miedos y las divisiones económicas y mediáticas preexistentes. Este análisis exige que el ciudadanía no solo combata el discurso populista, sino que ataque las estructuras socio económicas y los mecanismos de propaganda que “fabrican el consenso” y hacen vulnerable al público a la lealtad emocional. El punto es como las izquierdas hacen estas críticas a otros sistemas, pero no son capaces de criticar desde sus categorías sus propias prácticas.

El ciudadanía se postula como la transición necesaria para la salud democrática, definiéndose por la pluralidad, la participación deliberativa y la rendición de cuentas.

La esencia del ciudadanía reside en que el ciudadano debe ser un sujeto autónomo y crítico, un “actor de su propio destino político”. Esta autoría se ejerce no solo mediante el voto, sino a través de la organización ética y la defensa activa de los derechos contra los abusos autoritarios. En sistemas donde el populismo gobernante busca desvirtuar el papel mediador del Estado y convertirse en un autócrata con “derecho divino”, la ética cívica se transforma en una estructura de defensa que resiste la homogeneización y promueve la justicia y el pluralismo.

El populismo basa su conexión con el pueblo en la lealtad emocional, mientras que la ciudadanía se legitima en el debate racional (Habermas) y en la construcción de consensos.

La deliberación racional por sí sola puede ser insuficiente. La síntesis se enriquece con el concepto de la ética de la razón cordial (Adela Cortina). El aporte crucial para que el ciudadano funcione, requiere

integrar el componente ético y afectivo: antes o al mismo tiempo que la razón, debe existir la empatía y la cordialidad. Esta dimensión ética se opone directamente a la “aporofobia” (rechazo al pobre) y al diferente, instrumentalizados por el populismo, asegurando que los acuerdos y la deliberación se construyan sobre el reconocimiento empático del otro como interlocutor válido.

Bibliografía

- Arendt, H. (1958). *La condición humana*. Paidós.
- Bobbio, N. (1985). *El futuro de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de internet*. Alianza Editorial.
- Chomsky, N., & Herman, E. S. (1988). *Los guardianes de la libertad: Propaganda, desinformación y control social en los medios de comunicación*. Crítica.
- Cortina, A. (2007). *Ética de la razón cordial: Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*. Ediciones Nobel.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. International Publishers.
- Habermas, J. (1996). *Facticidad y validez: Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Trotta.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Lyotard, J.F. (1985). *La posmodernidad (Explicada a niños)*. Gedisa.
- Marx, K., & Engels, F. (1846). *La ideología alemana*. Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, C. (2005). *El retorno de lo político*. Paidós.
- Mudde, C. (2004). *El populismo: Una breve introducción*. Alianza Editorial.
- Müller, J.W. (2016). *¿Qué es el populismo?* Fondo de Cultura Económica.